

## EL PRECIO DEL SILENCIO

Hemos distinguido dos Españas en España: la España oficial y la España vital. Puede señalarse otra distinción aún: la España resignada a todo y la España dispuesta a transformarlo todo. Esta diferencia segunda destaca con líneas de igual precisión que la primera.

Hay una España resignada a todo. Una España que ha pagado y paga sin protesta por unos servicios que jamás ha tenido y sigue dispuesta a continuar pagando. Que sabe que si va a la Universidad no le enseñarán ni le educarán y no se preocupa por ello. Que tiene la seguridad de ir a los Juzgados y no hallar justicia; de ir a los Ayuntamientos y no hallar administración; de ir a los Ministerios y no hallar competencia ni diligencia; que tiene la seguridad de que en España todo está deshecho, inconsistente, solo, y no se subleva ni se inquieta por ello. Esta España es la España del comerciante que tiene una

clientela fija; del industrial que se acoge a un arancel proteccionista; del rentista que cobra el arrendamiento de unas tierras que jamás ha visto o que corta el cupón trimestralmente. Es la España del que sabiendo que en otras naciones con otro régimen, con otra disciplina, con otra organización, se vive con más seguridad, con más libertad, se resigna a la vida de España. Es también la España del que no comprende ni siente una España mejor.

La España dispuesta a transformarlo todo se halla en la política y fuera de ella. Fuera de la política está representada en algún escritor, en algún periodista, en algún profesor. Todos ellos de ideas liberales. En la política está representada por los partidos de izquierda. Estos españoles mantienen el valor nacional de nuestro país. Sin ellos, sin su voz, sin su actividad, sin su inquietud, España sería un cuerpo muerto. Por ellos se ha conseguido que el Poder de arriba no sea una tiranía ni la posición de abajo una esclavitud. Por ellos, por su afán, por su impulso, por el peligro que representan, va transformándose lentamente, muy lentamente,

la organización, el aspecto de España. La diferencia entre España y Francia, por ejemplo, está en esto: que en Francia, la Francia dispuesta a transformarlo todo es mayor que la Francia resignada a todo; que en Francia el peso de abajo es poco; es poca también la resistencia de arriba, y así la transformación es continua, incesante. En España, por el contrario, la España dispuesta a transformarlo todo es menor, mucho menor que la España resignada; que en España el peso de abajo es mucho; es mucha también la resistencia de arriba, y así la transformación es lenta, insensible. Tan lenta, tan insensible que Jovellanos pudo señalar como problemas de España, los mismos que señaló Costa, los mismos que se siguen señalando hoy.

\* \* \*

Este conflicto de la guerra ha producido en la mayoría de los países un fenómeno especial. El Gobierno de dichos países se ha unido más íntimamente a los hombres que representan esa tendencia transformadora, reformadora, que se ha señalado. Más. Casi todo el país ha sentido en el

transcurso de la guerra este afán de transformación, de renovación. Se descubre este fenómeno en los libros que la guerra ha producido, en las discusiones que la guerra ha provocado; en las actividades que la guerra ha despertado. Quien estudie intensamente esta época descubrirá en ello una fuerte reacción espiritual. Reacción espiritual que hace que estos países vivan en estos días de la guerra su vida más intensa. Ello sucede en todos los países beligerantes. Sucede igualmente en países neutrales como los Estados Unidos y Suecia. Sucedió en Italia hasta el día de su intervención.

Se dá este mismo fenómeno en España? No. En España en el momento de declararse la guerra, se levantó la España resignada. Pero no para moverse, no para intervenir, no dispuesta a laborar por el mejoramiento de España. No. Se levantó para pedir más silencio, más quietud, más resignación. La guerra nos dejaba aparte por nuestra impotencia. Bueno, pues: silencio. La guerra podía decidir el porvenir de España. Bueno, pues: quietud, resignación.

¿Se ha dispuesto el Gobierno servir estas pasiones tan míseras? En este momento de entusiasmo, ¿se ha dispuesto el Gobierno a guardar el corazón? En este momento de renovación, se ha decidido el Gobierno a conservarlo todo en la forma que tenía antes de la guerra? En este momento de concretar cada pueblo su responsabilidad, se ha sometido el Gobierno a esquivar la suya? En este momento de fijar cada pueblo su actitud, ¿se ha prestado el Gobierno a guardar esta actitud humillante, a pasar a la historia con este estigma de bajeza moral?

Sí. El Gobierno español, en este instante en que todos los gobiernos europeos, se inclinan al lado de las gentes renovadoras, él se ha inclinado al lado de las gentes resignadas, acomodadas, vencidas. En este instante de fé, de aliento, de esperanza, él ha puesto tres llaves a todos los impulsos, a todas las manifestaciones. Ha suprimido mitins; ha perseguido a los que venían a implorar de España la adhesión a Bélgica; ha sacrificado, la unión cordial con Francia, la heroica. Ha declarado una neutralidad cobarde, de pueblo vencido,

de pueblo conservador, atento nada más a sus intereses, a su vida. Una neutralidad que no mira a España; que mira a la Casa Real. Una neutralidad que no piensa en España; que piensa en la Casa Real.

España ha sido hasta hoy la tierra de Don Quijote. ¿Con qué nombre se señalará a España después de la guerra? Cuando la paz sea firmada; cuando las naciones que han luchado depongan las armas y se den cuenta de nuestra quietud, de nuestro silencio, de nuestro apartamiento; cuando se den cuenta de que nuestro Gobierno ha dicho—y el pueblo se ha resignado a ello—que la guerra no nos importaba, ¿que dirán que España? ¿Cómo verán a España?

Los españoles no advierten que los políticos que conservan en el silencio la España de hoy, están matando, tal vez, la España de mañana. Que su pasividad de hoy puede serla para mañana más gravosa que la misma guerra.

## UN POLÍTICO ESPAÑOL

Para todo político ha de haber dos momentos: el momento de teorizar y el momento de practicar; el de hablar y el de hacer; el de pronunciar discursos y el de realizar obras. Un político que tenga conciencia de sus deberes no dejará solución de continuidad entre estos dos momentos: sus palabras serán el nombre de sus obras; sus obras serán la realidad de sus palabras. En el Poder irá construyendo lentamente, metódicamente, todo aquello que fué idealizado desde la oposición.

¿Es así el político español? El estudio de los procedimientos de poder de nuestros hombres de Estado nos descubre que no. El político español en el momento de hablar, habla menos que otro político europeo; habla de los problemas de su patria con menos conocimiento que otro político europeo habla de los problemas de la suya; ofrece a estos problemas, mal conocidos, soluciones más radicales que las

que señala a los problemas de su país otro político europeo.

Con la más honda diferencia. El político español en el momento de hacer realiza todo lo contrario de lo que anunció. Lo que practica en el Poder es opuesto a lo que teorizó desde la oposición; sus obras destruyen estrepitosamente todas sus palabras. ¿No está bien actual, para que no hayamos de enfangarnos en la Historia de España, el ejemplo del señor Sánchez de Toca?

El señor Sánchez de Toca en 9 de abril de 1915 no tenía dentro del Gobierno ningún cargo elevado, de responsabilidad. Era únicamente presidente de la Academia de Jurisprudencia y Legislación. No había llegado al sitio que ocupa hoy en el Senado. Por su situación en el partido conservador que gobierna; por su relación personal con los hombres que desempeñan los ministerios; por su apartamiento de las luchas parlamentarias, el señor Sánchez de Toca hace unos meses se hallaba más en la oposición que en el Poder; más dispuesto a teorizar que a practicar; más resuelto a hablar que a hacer.

Apartado del Gobierno en absoluto se hallaba el día 9 de abril cuando en la sesión inaugural del curso de 1915-16 pronunció en la Academia de Jurisprudencia el discurso con el tema: «Políticas de neutralidad». El tema indica ya una rectificación de conducta. En 9 de Abril, el señor Sánchez de Toca, desde la Presidencia de la Academia de Jurisprudencia se creyó en el deber de hablar de la neutralidad española. Hoy, desde la Presidencia del Senado, el señor Sánchez Toca, acuerda con el Gobierno la prohibición terminante de ocuparse de la neutralidad en los actos públicos.

Esta rectificación de conducta se observará más, al entrar en el texto del discurso: «A las soberanías de la hermandad de nuestra civilización—dice el señor Sánchez de Toca con su estilo barroco—a quienes les ha correspondido la condición de no beligerantes en esta guerra, les incumben altísimos e irrecusables deberes morales de cooperación para reintegrar su preeminencia al derecho de gentes cristiano. La causa del derecho público europeo constituye en esta hora el supremo in-

terés de las naciones neutrales. Para ellas también la actuación más positiva y eficaz al efecto de no perder nada y ganarlo todo, consiste en aunarse para el afianzamiento y dignificación del derecho internacional.» Es confuso y retorcido el estilo. El sentido es claro. «A las naciones neutrales les incumben irrecusables deberes morales.» ¿Los cumple España? No. «La causa del derecho público europeo es en esta hora el interés supremo de las naciones neutrales.» ¿Ha mediado España cuando ha visto la invasión, el saqueo, la destrucción de Bélgica? No. ¿Ha intervenido España, en nombre del derecho público europeo, cuando el hundimiento del «Lusitania»? No.

Sigamos. «Uno de los más tristes signos de atrofia en la conciencia nacional es el no experimentar a esta hora la sensación de estar en momento histórico decisivo para sus destinos patrios.» ¿No se experimenta esta sensación en España? Sí. Hay una parte de España que mira únicamente a sus negocios, a sus intereses, a su egoísmo, a su ignorancia, a su insensibilidad. Pero hay otra España que tiene los ojos y

el alma puestos en la lucha europea. Otra España que se da cuenta de este momento histórico. Lo que sucede es que el Gobierno, de que es parte principal el señor Sánchez de Toca, atiende a la España insensible, egoísta, y obliga a callar, a no manifestarse a la España sensible, europea. Lo que sucede es que el mismo señor Sánchez de Toca que, desde fuera del Poder habló de este momento histórico, ahora, desde el Poder, convierte el momento histórico europeo en conveniencia partidista española.

Sigamos. «Aún más aciaga que cualquiera situación de neutralidad, es la del cuerpo de nación que en esta hora tan crítica para las soberanías, y que impone a cada una, en lo más vital de sus intereses históricos y geográficos, la necesidad de afrontar problemas primordiales para su propia existencia, aparezca su soledad como nacionalismo neutral y con ideales muertos por indiferencia de conciencia nacional e incertidumbre de orientación gubernamental respecto a lo que verdaderamente forma la trama capitales de su historia patria.» ¿No es esta la visión

de España? Aparece su soledad como nacionalismo neutral. No es su neutralidad la de los países escandinavos, activos, inquietos, puestos los ojos en sí mismos, para mejorarse, y puestos los ojos en los países beligerantes, a los que prestan su cooperación moral. No es la neutralidad de España la neutralidad de los Estados Unidos, cuya República, oficialmente, presta a los aliados todo el apoyo que necesitan en municiones, víveres, material de guerra. La neutralidad de España, es neutralidad de bárbara indiferencia, cerrados los ojos y el corazón a todo.

«¿La necesidad de afrontar problemas primordiales para la propia existencia?» Sí. Es necesidad urgente, apremiante. «¿La incertidumbre de orientación gubernamental?» Sí. Es clara, manifiesta; dolorosamente clara, trágicamente clara. Pero ¿por qué no afronta ahora, desde el Gobierno, estos problemas el señor Sánchez de Toca? ¿Por qué no fija la orientación gubernamental? ¿Por qué no plantea y resuelve ahora el problema del Banco, el problema de la tierra, el problema de la emigración, el problema de las haciendas

locales, el problema de la tributación, el problema de la escuela? ¿Por qué no impone ahora en el Poder, las soluciones que predicaba desde la oposición? ¿Por qué no practica hoy lo que ayer teorizaba? ¿Por qué no hace en este momento lo que en momentos pasados decía? Nada. Opuesto hace unos meses a los procedimientos de los hombres de gobierno, es hoy colaborador en estos mismos procedimientos de aquellos mismos hombres.

Son muchos y muy hondos los males de España. Males que se han abierto como una llaga en esta hora trágica. Pero los males más graves de nuestro país son la separación entre el Gobierno y el pueblo. Son principalmente este divorcio entre las doctrinas del político que lucha en la oposición y su conducta y su obra el día que se apodera del Poder.

### SIGNOS DE ESPAÑA.—INCOM- PETENCIA Y DESCONFIANZA

En este momento de abatimiento, de postración nacional, los políticos españoles, los jefes de partido, han hablado. Han hablado en Granada, en Madrid, en Palma de Mallorca. Cerrado el Parlamento, han buscado otra tribuna para dirigirse a España. Lo absurdo es que siendo el Parlamento el lugar más propio para estas declaraciones, cuando el Parlamento estuvo abierto, siendo las circunstancias de entonces idénticas a las de ahora, estos políticos, estos jefes de partido, callaron. ¿Por qué? El Evangelio dice que hay un momento para hablar y otro para callar. El momento para callar no decimos nosotros si es el de ahora. Lo que decimos es que el momento de hablar sorprendió a los políticos españoles con la boca herméticamente cerrada.

Los políticos que han hablado pertenecen a los más opuestos partidos. Uno es



conservador—no conservador francés, con ideología de Charles Maurras,—conservador español, afincado y fijo, como estatua de sal, en la extrema derecha. Otro es reformista, de la extrema izquierda, desprendido sensiblemente del republicanismo ortodoxo. Otro es liberal dinástico. Otro es demócrata dinástico. ¡Qué principios, qué procedimientos informan cada uno de estos partidos! ¡Qué problemas más distintos evocan cada uno de estos nombres! En todo el mundo político un conservador ve su patria, siente su patria, comprende su patria, de modo radicalmente distinto a como la ve, la siente y la comprende un liberal. En todo el mundo político lo que el conservador quiere, el liberal lo repugna; lo que el conservador afirma, el liberal lo niega; lo que el conservador construye, el liberal lo destruye; lo que el conservador conserva, el liberal reforma, cambia, altera. En todo el mundo político un conservador es un político distinto, por sus principios y por sus procedimientos, a un político liberal. En todo el mundo político, menos en España. En España, liberales y conservadores se intus-

ponen, se identifican, se confunden. Son uno y lo mismo. ¿Qué hacer? Las diferencias políticas son cordiales o cerebrales, y el corazón y el cerebro son los elementos que menos contribuyen en la política española.

\* \* \*

¿Por qué España permanece neutral? ¿Por qué España se ha agarrado, como tabla única de salvación, a esa política de neutralidad? ¿Por indiferencia? No. ¿Por desinterés económico? No. La guerra ha causado a España grandes quebrantos. ¿Por divorcio espiritual con los pueblos que luchan? No. No. La guerra europea ha inquietado a los españoles más hondamente que la guerra africana. La guerra europea es más nuestra que la guerra africana. El general Joffre es más nuestro que el general Marina. ¿Por qué España, pues, permanece neutral? Por falta de preparación. Por desconcierto interior. Por falta de organismos aptos para luchar. Por indefensión. Por miseria. Por impotencia. ¿Qué quiere decir todo esto? Quiere decir que España no es una realidad nacional, no es un pueblo formado, no es una socie-

dad europea. Quiere decir que ha de crearse esta realidad, que ha de formarse este pueblo, que ha de levantarse esta sociedad. Quiere decir que estos pueblos que luchan, están, por su riqueza, por su técnica, por su política, por sus organismos militares, en el siglo XX. Y nosotros, no. Nosotros estamos en otro siglo, en un siglo por el que ellos, esos pueblos, hace siglos han pasado. El siglo XV, como decía Costa; el siglo XVII como afirmaba Salisbury. No importa; no estamos en el siglo XX. No son el siglo XX nuestras escuelas, en chamizos, en edificios ruinosos, no son el siglo XX nuestras Universidades, con profesores y métodos de la edad de piedra; no son del siglo XX nuestros campos yermos o en barbecho o de secano o produciendo una hectárea la quinta parte de lo que produce una hectárea en Francia o en Inglaterra; no son del siglo XX nuestros Municipios, sin independencia económica, atados a un caciquismo ladrón; no son del siglo XX nuestros tribunales de justicia, nuestra Iglesia, nuestro Parlamento, nuestras costumbres. Ha de levantarse España al siglo XX; ha de re-

constituirse, ha de europeizarse. ¿Cómo? Nuestros políticos, los políticos que callaron cuando habían de hablar; los políticos que convienen en la precisión de mantener la neutralidad española, en este momento de preocupación nacional, de obra nacional, de edificación nacional, hablan, casi únicamente, de problemas internacionales, de la política internacional que España debe seguir. ¿Puede ser esto? ¿Puede, decorosamente, hablársele así a un pueblo enfermo, vencido antes de luchar?

Ocupación de Tánger; restitución de Gibraltar; alianzas. Estos tres problemas, dicen nuestros políticos del silencio inoportuno, son, en este momento, los ideales de España. ¿Ideal de España, Tánger? ¿Ideal de España la restitución de Gibraltar? ¿Ideal de España, en este momento de hambre, de incultura, de desgobierno, una política de alianzas? Quienes así hablan habrán entrado en un ministerio o en la jefatura de un partido o en el Palacio del Rey: no han entrado en el alma de España. Porque el alma de España, en este momento que desea salvarse, siente todo lo que no sienten sus políticos; no siente,

en absoluto, nada de lo que sus políticos sienten. Y si estos políticos son la voz de la Corona, la Corona y el pueblo no sienten lo mismo. Son dos polos opuestos. Son dos sentimientos distintos. Son dos líneas divergentes. Son dos visiones distintas de la realidad.

En este momento, en que vemos cada pueblo europeo representado por sus espíritus superiores, en una perfecta solidaridad gobernantes y gobernados, el mayor dolor de España es esta diferencia, este divorcio. El mayor dolor de España es este desconocimiento que los gobernantes tienen de los intereses y de los ideales de los gobernados. Es esta desconfianza con que los gobernados miran a los gobernantes. Incompetencia en los de arriba: desconfianza en los de abajo. ¿Quién levanta esto?

## DESARRAIGADOS

¿Quién no recuerda el espectáculo en aquéllos primeros días de la guerra? Millares de familias obreras españolas volvían de Francia. Volvían del lugar de la guerra, para reintegrarse a su patria. Bajo el cielo de Francia habían hallado pan y trabajo y libertad. La guerra, parando las obras, deteniendo la vida de Francia, las echaba a la calle, las devolvía a su patria. Y a su patria, a España, volvían con el alma en pena. ¿Qué les sucedería al llegar aquí? ¿Seguiría siendo España la tierra que abandonaron porque daba pocos jornales; porque los jornales que daba eran bajos; porque no había leyes protectoras del obrero; porque estaban más elevados que en ningún otro país los artículos de primera necesidad; porque no había ni retiros para los viejos, ni seguros para los enfermos, ni escuelas para los niños? ¿Seguiría siendo España la España de siempre?